

Yo y mi otro yo

Hay ocasiones en las que uno tiene la sensación de que hay personas que son como son, pero un poco por azar, porque si tenemos en cuenta gustos y pasiones, podrían haber nacido siendo otra u otro. ¿Se equivocó la naturaleza? Alguien del norte que es evidente que debió nacer en el sur, y viceversa. Una persona blanca que se identifica con lo negro; y, obviamente, también a la inversa. A uno o una que nació en la sierra le gusta mucho más la costa, y el de la costa solo puede vivir en la selva.

Inspirados por esa idea, seleccionamos un grupo de personas que, según nosotros, y por una u otra razón, caen en esta categoría, y les hicimos la pregunta: ¿No crees que debiste nacer en otro lugar o siendo otro? Claro que antes les preguntamos si tenían sentido del humor para prestarse a este juego, algo irreverente pero con respeto y cariño.

"Yo, Vinicius de Moraes, poeta y diplomático, el blanco más negro de todo Brasil"

A flor de piel

alicia maguiña

Toda una vida dedicada a la música andina, negra y criolla, con talento, perseverancia heroica y pasión. Por algo es una de nuestras artistas más valoradas, aunque no en la magnitud que lo merece.

No necesita vestir lliclla o poncho para mostrar su adhesión a los ideales populares. Su proclama viene de tiempo, no de oportunidad: recordemos su vals "Indio" de 1963.

Mildred Merino de Cela
(El Comercio 1970)

En Ica, cuando tenía 6 años, escuché el alma de una joven quechuhablante recién llegada de la sierra, que expresaba a través de su canto en quechua —idioma que yo no entendía— su exclusión, su orfandad, la incomprensión de la que era objeto. Sentí un nudo en la garganta y le pedí a mi madre que le pidiera que no cantara. Yo no escogí la música andina: la percibí, la sentí, la entendí, la entiendo. Con respecto a los tipos de música, lo único que puedo decir es que yo prefiero la música sincera, la del alma.

Yo no tengo que considerarme una mujer andina para entender la cultura andina peruana. Yo tengo una sensibilidad a flor de piel y entiendo al otro sea de donde sea.

Siendo costeña, vibro con la buena música como vibro con Arguedas, que es peruano, tanto como con la de Atahualpa Yupanqui, que es argentino. Repito: desde acá puedo sentir y entender todo.



¿Negro quiero ser?

micky gonzález

Fue en parte él quien inspiró esta encuesta. Su identificación con todo lo negro es público, admirable y muy fértil: la encarnación de una feliz mezcla racial y cultural.

Desde joven hubo en mí interés y fascinación con esta cultura que no era la mía. Mi contacto con la cultura africana se dio a través del *blues*, el *jazz* y la música étnica. Luego encontré en la música peruana de los negros elementos muy similares a la música del África. En 1978 el poeta César Calvo, entonces letrista de Perú Negro, me llevó a El Carmen. Allí conocí a Amador Ballumbrosio, con quien inicié una gran amistad. Mi interés era hacer *jazz* y música negra. *Chocolate Algendones* me regaló un cajón y empecé a tocarlo.

A lo largo de los años he ido haciendo discos y la gente me reconoce como un músico que está interesado, que defiende y ama la música afroperuana. Me encuentro con un negro en la calle, no lo conozco pero nos saludamos como si nos conociéramos. En los años que pasé en El Carmen aprendí mucho: son gente de campo que no tiene recursos económicos y vive del día a día, pero cuando llega un huésped se quitan el pan de la boca para dárselo. Ese tipo de cosas son para mí muy valiosas, y luego me han servido en la vida cotidiana. Amador Ballumbrosio es para mí un ejemplo de ser humano. Son una serie de cosas muy valiosas que aprendí con Amador y la gente del Guayabo.

Con el tiempo se ha formado en mí como una simbiosis con esta cultura. En 1998 lancé un disco que se llama *Mi congo y su cachanga*, que es prácticamente la graduación de mi integración cultural. En ese disco hay temas de folclor compuestos por mí que parecen folclor tradicional. Siendo yo un blanco de Miraflores he podido hacer música creíble; es decir, he llegado a componer como si fuese integrante auténtico de esa cultura.



Relaciones civiles-militares

enrique obando

Enrique Obando es un civil que lleva toda una vida dedicada a estudiar los temas de Defensa y Fuerzas Armadas, con una clara perspectiva civil - democrática. Él mismo tiene voz de mando y porte militar. ¿Hubiera podido él ser un uniformado?

Depende de en qué etapa de mi vida. Cuando niño dirigía formidables ejércitos de plástico o de metal en batallas inspiradas por un magnífico documental de la BBC titulado *The Valiant Years* y traducido como *Las memorias de sir Winston Churchill*. Entonces deseaba fervientemente ser militar. A los 14 años la miopía me quitó la posibilidad de serlo.

La adolescencia y la juventud trajeron ideas y militancia de izquierda, pero el gusto por lo bélico quedó en mis lecturas históricas y en una colección de soldados y modelos militares. Cuando entré a trabajar



en el Instituto Nacional de Planificación (INP), terminé por azar en la Dirección de Asuntos Internacionales, donde el tema de la seguridad nacional formaba parte del análisis. Me sentí en casa y la afición ingresó en el trabajo. Enviado por el INP fui como participante al CAEM y allí comprobé que los militares peruanos estaban muy lejos de parecerse a la idea que en mi mente forjé desde niño de lo que un militar debía ser. Terminé de profesor de diferentes escuelas militares y nunca dejó de preocuparme el hecho de que yo supiera más de estrategia que ellos. Finalmente, ahora me doy cuenta de que no hubiera llegado muy lejos en la carrera militar en el Perú.

Por cierto, no hubiera firmado el acta de sumisión a Fujimori-Montesinos. Los que la suscribieron lo hicieron pensando en sus carreras, y yo nunca he tenido ningún problema en renunciar cuando el honor así lo requiere. Lo hice hace poco más de un año en el Ministerio de Defensa. Recuerdo la frase de Heinz Guderian a un dictador mucho más peligroso que el patético Montesinos. Guderian le dijo nada menos que a Hitler, cuando este le prohibió retirarse ante la contraofensiva rusa en Moscú: "Cambie usted su orden o búsquese otro para que la ejecute".

La comadre Coletta

coletta youngers

Coletta Youngers, investigadora de la Washington Office on Latin America (WOLA), tiene su casa en Washington llena de adornos y recuerdos del Perú, y lleva alojando casi permanentemente a dos generaciones de peruanos que pasan por ahí. Ha vivido varios años en Lima, viene cada vez que puede, le encanta la comida peruana, tiene comadres, compadres y ahijados y hasta ha sido víctima de la prensa basura de los años de Fujimori y Montesinos.

desde el día que llegué a Lima, en noviembre de 1983, me sentí bien. Alquilaba un cuarto en una casa en Ciudad de Dios y la familia me aceptó como uno de ellos. La señora de la casa, Juana, me presenta hasta ahora como su "hija política". Me gustó la gente, la comida, la cerveza, la cultura. Todo.

Hoy día, mis amigas de aquí me fastidian diciendo que conozco más de lo que pasa en el Perú que de lo que ocurre en los Estados Unidos. Sé quién es el Alcalde de un pueblo de la sierra de Cajamarca —y quizá hasta lo he conocido—, pero no he estado en las Rocky Mountains, en mi propio país. Hay algunos amigos que insisten en que en una vida anterior yo seguramente fui peruana. No sé si creo en la reencarnación, pero sí siento que tengo por lo menos un poco de sangre peruana.

Pero lo que también siento es que, cada vez más, todos tenemos sangre de todos. Yo vivo en un barrio en los suburbios de Washington, D.C., y en la escuela pública donde estudia mi hija más de la mitad de los alumnos son latinos —los demás vienen de todo el mundo—. Frente a mi casa hay tres restaurantes: uno mexicano, uno peruano y uno salvadoreño. Si tengo ganas de tomar una Inca Kola o una Pilsen Callao, solo tengo que cruzar la calle.

Una vez entré en una de las tiendas de allá y una persona me dijo: "Oiga, creo que la he visto en el Canal N de Lima". (Era cierto.) De repente mi barrio no es lo más típico de los Estados Unidos, pero la influencia de la comunidad hispana está creciendo y va a seguir así. Para mí, eso es la globalización. No es la globalización que quiere el Gobierno de Bush, pero sí la que yo quiero: un mundo donde aprendamos a vivir juntos y donde disfrutemos de la diversidad que ofrecen todas las sangres.



A Alberto Chirif ~~le~~ le preguntó si debió nacer en el oriente peruano, sabiendo que la selva es para él mucho más que el ámbito de sus investigaciones antropológicas. La selva es el lugar que escogió para trabajar y vivir, una pasión más que un territorio. Qué más prueba que el nombre que le puso a su hija: Selva.

En verdad, nunca me he planteado como problema mi lugar de nacimiento, salvo, tal vez, cuando lo asocio a un tiempo determinado. Entonces pienso que hubiera sido fantástico conocer este país cuando las aguas de sus ríos eran cristalinas, o barrosas como las del llano amazónico, pero limpias, sin mercurio, ni aguas de formación, ni relaves, ni plásticos; y cuando la palabra *yuca* evocaba la imagen de uno de los principales alimentos de esta región y no tenía las connotaciones de política criolla que un indecoroso dictador tardío popularizara siglos después.

Pero me resulta difícil intentar cambiar de ubicación mi niñez y mi adolescencia, los veranos de playa en las tardes, La Herradura, las temporadas en Pucusana y las pescas fantásticas con mi padre y don Vladimir, que luego se encargaba de transformar la captura en escabeches que se conservaban en grandes frascos de vidrio; y los inviernos melancólicos, como la niebla limeña, y húmedos hasta los



límites de la humedad, y el cojo que aparecía por el barrio, al que temíamos a causa de las historias que habíamos tejido sobre él, que tal vez paseaba por esas calles todo el año, pero a quien la bruma de la estación volvía más visible. Y todo el año, las películas en las que los buenos eran buenos y los malos, malos, con el añadido de que los primeros triunfaban siempre: ¡era una alegría!; y la señora aquella, de labios muy rojos, que metódicamente arrojaba un pucho por encima del cerco vivo de un vecino, que yo emparaba, agazapado, para dar mis primeras pitadas.

Y aunque no tengo forma de probarlo, tal vez sea este contraste entre mi lugar de nacimiento y el que, años más tarde, escogí para trabajar y vivir, lo que me ha permitido apreciar la calidad de la vida en las comunidades, antes que el desarrollo comenzara a destruir sus convicciones y recursos, y grabar en mi memoria el olor de la tierra después de la lluvia en Chanchamayo o el sonido del silencio en medio de una cocha del Samiria.

Pasaporte cusqueño

juan carlos ruiz

Limeño de nacimiento, cusqueño por elección. Juan Carlos Ruiz es un abogado de Justicia Viva que hace aquí una pública declaración de amor por todo lo encontrado en el lugar que alguna vez fue considerado el ombligo del mundo. Por algo será que tiene novia y terreno en el Cusco, y que habla del Cusco más que guía de turistas en temporada alta.

Sin lugar a dudas, me hubiera gustado nacer en el Cusco. Me gusta la piedra y el adobe de sus casas antiguas, me gusta viajar por los pueblos pequeños, por lo general cerca de algún río. Me encanta el cielo cusqueño, esa mezcla de celeste eléctrico y sol luminoso y abrasador, pues contagia vida y cierto espíritu festivo a la gente. Me encanta el olor a tierra húmeda, ese que se respira en el campo luego de las copiosas lluvias. Me gusta la forma como los cusqueños derraman las primeras gotas de la cerveza o de la chicha en el suelo, para agradecer a la tierra por todo lo que de ella reciben. Cada pueblito tiene lo suyo: los chicharrones de Saylla son espectaculares, el gigante pan Chuta de Oropesa, los caldos de gallina de



Cusipata, los caldos de cabeza en la Plaza de Armas de Combapata, las danzas del Carnaval de Tinta, las aguas purgantes de San Pedro. Podríamos seguir escribiendo páginas acerca de sus hermosas iglesias y capillas, hablar de sus comidas y picanterías, de la peregrinación al Señor de Huanta y del Cienciano, pero lo que más se extraña es el cariño de los amigos *coscorunas*. Cuando uno llega, es un hilo suelto, pero al cabo de un tiempo, uno es parte de una costura, uno se siente parte de una red de relaciones de amistad, de compadrazgo, de trabajo, de comunidad, quizá *jurcado* para la fiesta del año siguiente (con un par de cajas de cerveza o un lechón), enlazado con la naturaleza, con sus ciclos y sus tiempos. Por eso, a pesar del frío y de la altura, de las heladas y los aguaceros interminables, a pesar de sus no pocos problemas y adversidades, el Cusco es un lugar donde vale la pena echar raíces.

Un imán llamado París

miguel de azambuja

Desde joven, Miguel de Azambuja se sintió atraído por lo francés: el idioma, el territorio, la cultura de Francia. Realizó su sueño de viajar allá y ahora, veinte años después, al verlo tan integrado —casado con una francesa, moviéndose en París como pez en el agua— surge la pregunta que él, ante la insistencia, accedió a responder: ¿debiste nacer francés?



Raros son los caminos que hacen que uno sea lo que es en la mirada de los otros. Yo no me reconozco mucho en lo que dicen. Mis 'patas' franceses no entenderían si supieran que los míos me ven como francés, ya que ellos no me ven así. Además, tengo algo que marca: el acento, mi lengua clandestina que aparece agazapada apenas abro la boca y hace que mi interlocutor sepa que no soy de los suyos.

Además, uno nunca se va completamente. Tampoco creo que uno pueda quedarse del todo. Aceptar la paradoja, decía Winnicott. Aceptarla, sostenerla, hacer de ella un lugar en el que el pensamiento y la imaginación puedan apoyarse. Esa paradoja que hace que uno esté acá y allá, cosas que cualquier cartesiano aceptaría difícilmente, pero que es algo que mi oficio —psicoanalista— me permite constatar cada día: jamás tan cerca arremetió lo lejos.

Pero, es cierto, algo hay en esta ciudad que me subyuga. Creo que París me enriquece porque la veo a través de un prisma que me viene de Lima (por ello digo, en homenaje a Marcel, que París es mi Magdalena urbana). Hay algo en mi manera de estar en el mundo que hace que encaje bien en París. Algo en mí, algo en la ciudad; no sé muy bien.

De canadiense a charapa

gérald veilleux

Sacerdote nacido en el Canadá que vive hace más de treinta años en la selva, absolutamente mimetizado con la población, y, por tanto, muy querido por todos. Solo hay que ver cómo le gusta de la selva su comida y sus costumbres. Las pocas veces que regresa a su lugar de origen, confiesa que ya no se halla.

Pucallpa, tierra de mis amores. Treinta años en la selva ucayalina. ¿Por qué no he nacido en esta tierra colorada después de pasar tantos años aquí? Nos cuesta aprender el idioma, la cultura de nuestra gente, su idiosincrasia, y todavía nos falta por aprender. El dejo del idioma lo arrastraré toda mi vida.



De haber nacido charapa, hubiera tenido el mismo nombre. Hoy día, desde que llegué, varios niños llevan mi nombre. Quizá varias mujeres se habrían enamorado de mi nombre o... ¡más bien de mi persona! Dios lo sabe. De esta manera, muchos niños tendrán un lindo recuerdo de mi estadía en este rincón tan lindo del mundo que yo adoro y preguntarán a sus mamás: ¿por qué me has dado ese nombre? De haber nacido en la selva, mi vocación por la vida sacerdotal hubiera tomado otro camino. Tantas tentaciones.

Dieciocho años de labor en los derechos humanos, sin hablar de todas las dificultades vividas durante los años de la violencia política, pero también de las alegrías y agradecimientos por este trabajo arduo realizado como equipo en defensa de la vida. Como miembro de la Iglesia, este trabajo pastoral, social, educativo que desempeño me ha hecho conocer mucha gente llena de bondad, participativa, siempre disponible a servir a sus hermanos más necesitados. Charapa, lo soy de corazón, aunque otros aspectos de mi persona me traicionan. Amo a la gente de Pucallpa.

Gustavo Gol

gustavo barnechea

Quienes lo conocen bien aseguran que la primera palabra que pronunció fue 'gol', y que ha vivido desde chico para el fútbol. Hace ya muchos años es uno de nuestros principales comentaristas de este deporte, con un estilo que, a diferencia del de otros, enaltece el oficio.

Cuando era niño, hasta donde alcanzan mis recuerdos, siempre tenía una pelota en el pie y narraba partidos de fútbol. Hacía comentarios, 'armaba' mis estadísticas y hasta me las inventaba porque no tenía mucha información. Así que esa parte de futbolista frustrado en mi caso se desvaneció rápidamente. Viendo lo que ganan hoy los futbolistas, lamento que eso haya ocurrido.

Aunque nunca he sido físicamente muy dotado que digamos, y a pesar de que pateaba con dos pies izquierdos, la verdad es que sigo pensando que soy un gran desperdicio para el fútbol peruano. Estoy convencido de que no ha sido por malo, sino por inconstante. Para ser futbolista se necesita hacer una serie de sacrificios que yo no hubiese podido soportar, como no salir de noche o entrenar todos los días a la misma hora. Soy demasiado relajado para eso. Yo nací para comer rico, tomar rico, acostarme tarde.

No podría decir quién hizo que me inclinara por el fútbol. En todo caso, para mí fue muy importante la primera impresión que tuve del estadio: la cancha verde, las banderolas, las barras, las camisetas, las tribunas llenas

De niño gastaba toda mi plata en comprar revistas argentinas como *El Gráfico* y cuanta cosa aparecía de deportes. Escuchaba mucha radio, el programa *Pregón Deportivo* de Oscar Artacho. Luego tuve oportunidad de trabajar con su hijo e hicimos un proyecto de radio durante tres años.

He tenido épocas en que jugaba fútbol de lunes a domingo, y faltaba a clases por eso. Estaba y no estaba en la universidad, porque mi inconstancia se expresaba en todos los campos. Ya de viejo he tenido que autodisciplinarme a la fuerza.

Para mí el fútbol es un arte, un espectáculo. A través de este deporte he aprendido casi todo lo que sé de geografía e historia, y también las cosas importantes de la vida: solidaridad, respeto a los demás, saber enfrentar retos, ganar y perder. El fútbol me ha dado prácticamente todo.

